

PROMESAS

PRIMA NATURAE



Vaira Whisp

PROMESAS

Prima Naturae

Vaira Whisp

Extracto gratuito destinado a la promoción de la obra *Promesas. Prima Naturae* de la autora Vaira Whisp, publicada por la editorial Enxebrebooks.

En breve podrá adquirir la obra completa en formato electrónico o papel en <http://www.descubrebooks.com>, en las principales plataformas y pedirlo en su librería habitual.

¡Disfrute del adelanto!

Prólogo

Londres, 1885.

Acababa de hacerlo.

Ni él mismo se lo creía.

Había vuelto a segar la vida de otra persona muy querida, pero como en los casos anteriores, no tenía elección. Aun así, su sentimiento de culpa fue incrementando a medida que se alejaba del lugar. Y mientras la lluvia arreciaba fuera, mezclándose con el sonido de los cascos de los caballos que tiraban del carruaje y varios truenos de aquella noche encapotada, la seguía recordando. La niebla que rodeaba la ciudad le traía un fuerte olor a frío y humedad. Sin embargo, su mente se empeñaba en sustituirlo por una fresca fragancia de azahar y polvos de talco recién extendidos a modo de maquillaje. La figura, tan esbelta y atrayente; el rostro, tan joven, bello, fino como el de una muñeca de porcelana exportada de algún país extranjero.

Ella.

Esa mujer de fogosos cabellos rojos y mirada azul cristalino le había hechizado. Se había apoderado de su cuerpo y su alma en tan solo un año. Y ahora él lo había hecho de ambos. ¿Todo por qué?, ¿por una patética escena de celos?, ¿o acaso por amor? No. En su cabeza quería encontrar la verdadera razón, pero no era ninguna de las dos. Eso lo entristeció.

El nuevo aroma a salitre lo despejó. Las ruedas de su transporte se detuvieron y el diminuto cubículo se bamboleó.

—Hemos llegado, señor —anunció un hombre menudo con voz grave, mientras le abría la puerta del carruaje.

Él no habló.

Simplemente, salió al exterior para que la gruesa gabardina color marrón se empapase nada más hacerlo, y asintió igual de silencioso al cochero. Luego, bordeó el carruaje y quitó los cierres del baúl apostado en la parte trasera. Sin darse mucha prisa, cogió en brazos lo que este contenía y el hombre volvió a cerrar el baúl en su lugar.

El cadáver, envuelto en una manta de lana color granate, pesaba ahora el doble de lo habitual, pero todavía lo podía levantar. Caminó despacio y portando el cuerpo sin vida, como si de una pluma se tratase, hasta la baranda de piedra del puente de Londres. Allí volvió a detenerse para fijar su mirada en el brazo que caía a un lado de la manta, inerte, de su dueña, y luego alzó la vista hacia el frente.

Era aún noche cerrada, a pesar de estar próximo el amanecer. Y el cielo seguía tan oscuro que solo los relámpagos que atravesaban las tempestuosas nubes, se dejaban vislumbrar en lo alto.

Hacía un frío terrible. La lluvia no parecía querer cesar y bajo la gabardina, sus huesos empezaban a entumecerse.

Le quedaba poco tiempo. De seguro medio Scotland Yard estaría buscándole por los alrededores.

Una vaga sonrisa escapó de sus labios y fijó sus ojos en la manta granate. Bajo ella, un gran corazón había dejado de latir; pero el sacrificio lo tenía ciertamente aliviado.

—¿Señor? —le apremió el hombre a su espalda.

Se giró un instante para ver el desconcierto en sus ojos negros y las cejas blancas del cochero se alzaron.

No lo pensó más.

Sepultó el brazo en el interior de la manta y cogió con más firmeza el cadáver. Respiró hondo, y con una farola como único testigo, se echó hacia atrás para lanzar el cuerpo por encima de la barandilla de piedra.

La manta ondeó, pero no se separó de la identidad que tapaba, hasta

que esta cayó en las turbias aguas del río; entonces flotó, mientras el cuerpo seguramente se estuviese hundiendo bajo ella, para terminar yaciendo en el fondo del Támesis.

Dio media vuelta y bordeó por segunda vez el carruaje hasta llegar a la puerta, que todavía mantenía abierta el cochero.

—¿Adónde, señor? —le preguntó en cuanto la hubo cerrado.

—A St. James —respondió él desde el interior del cubículo—, rápido.

Segundos después, el hombre menudo se encaramó en el frente del carruaje y espoleó con fuerza a los caballos para que reiniciaran la marcha.

Por segunda vez, otro trueno lleno de furia rugió sobre todo Londres, como si el acto que acababa de llevar a cabo lo desaprobaba hasta en el mismo infierno.

Pero él ya no tenía miedo.

Mientras el traqueteo del carruaje lo mantenía pegado a su asiento y el goteo constante de su gabardina se estrellaba melodiosamente contra el suelo, metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina y sacó un pañuelo blanco, manchado de sangre.

Lo siento, Jillian. Lo siento...

Apretó con fuerza el pañuelo entre sus dedos y lo llevó a su frente. Una muda lágrima resbaló por la mejilla.

El carruaje se perdió de vista por el puente, internándose en las tortuosas y todavía vacías calles de Londres. La lluvia amainaba poco a poco y el cielo se fue despejando de nubes negras. En las profundidades del Támesis, una muchacha se hundía en el agua cada vez más, sin tener noción de por qué estaba realmente allí o quién había permitido que tuviese ese sepulcro prematuro.

Pero todo eso no tenía importancia: estaba muerta. O eso se solía decir cuando un corazón ya no latía. Cierto era que ella había entregado totalmente el suyo, aunque había sido también traicionado, y del que podría vengarse si estuviera viva.

No lo estaba.

Su cuerpo se alejó del mundo y se fundió con el agua. Ya no existía la esperanza. Toda una vida, una joven vida, desperdiciada por un capricho, un abandono y una corazonada.

Pesaba demasiado. Su espalda tocó fondo. En ese momento, la naturaleza se reveló contra el curso normal de las cosas. Una voz habló:

“Despierta... Despierta... Tienes que despertar...”

El cuerpo de la muchacha se sacudió con una fuerza sobrehumana bajo el agua y la voz dijo de nuevo:

“No estás muerta... Despierta, Jillian... Despierta... Lleva a cabo tu venganza...”

Ella respondió la llamada y abrió los ojos. Se sintió extraña, como si hubiese despertado de un largo y profundo sueño en el que no había dejado de existir. No veía nada. Permanecía en el fondo del río, y sin saber por qué, podía respirar sin dificultad alguna. Recuperando por fin, tras un rato, el hilo de sus pensamientos, se dejó remolcar unos cuantos metros y sacó su mano, más pálida de lo habitual, del agua para asirse a la rama de un árbol caído cercano. No necesitó toser, porque no se ahogaba; tampoco quitarse la bala que atravesaba aún su abdomen, porque no la sentía. Solamente salió a la orilla, arrastrando el raído vestido tras ella y miró con decisión al horizonte.

Dejó atrás el Támesis y dio un paso adelante hacia su asesino.

La Iglesia de St. James se hallaba en lo alto de una colina, en el corazón de Londres. Estaba flanqueada por una fila de antorchas, que formaban un camino hasta la entrada. Hacía un tiempo que los

actos religiosos dejaron de tener cabida en ella, por la construcción de nuevos y más grandes templos, pero él seguía sintiéndose seguro en ese. Los primeros rayos de sol se reflejaron en la hierba y en los muros de piedra grisácea del templo, mientras bajaba por segunda vez del carruaje, detenido a pocos metros de las puertas de madera. En el preciso momento en que puso un pie en tierra, el cielo volvió a cerrarse y la lluvia azotó su rostro de pronto.

Frunció el ceño. Una nube caprichosa.

Ordenó al cochero que esperase. No tardaría demasiado. Lo que tenía que hacer le llevaría apenas quince minutos según sus cálculos, y podría huir por fin lejos de aquel lugar. Llevó el pañuelo al lugar de donde lo había cogido la primera vez, luego se tapó la cabeza con la gabardina. Corrió a la entrada de la iglesia. Los muros internos resonaron de forma hueca y poderosa cuando abrió las puertas de par en par para refugiarse en el viejo templo. Reinaba el silencio, roto por sus grandes bocanadas de aire y los truenos que continuaban sonando afuera. Apenas había luz, salvo por la que daban las velas de los santos, apostadas desordenadamente, en cada rincón de la iglesia.

La gabardina regresó a su posición habitual sobre los hombros y él buscó alrededor algo que no pareció encontrar. Quería deshacerse de lo que le oprimía, pero al llegar al sitio donde debía hacerlo, se derrumbó. Hizo a un lado la gabardina y dejó caer en el suelo de piedra la espada que llevaba atada en su cinturón de cuero negro, avanzó por el angosto pasillo con la respiración agitada. También arrojó la daga —herencia de su padre—, que colgaba del lado opuesto de su cintura, cerca del altar mayor. El olor a incienso se hizo más intenso.

Elevó los ojos verdes un segundo hacia la cruz de madera y las lágrimas se agolparon en la bolsa de los párpados, sintiéndose en el fondo todavía culpable.

Entonces lo vio.

Se limpió la cara con la manga de la gabardina mojada y, dejando aún

un reguero de agua a cada paso que daba, se dirigió hacia la esquina derecha, donde le esperaba el confesionario. Depositó la gabardina en uno de los bancos cercanos para hincarse de rodillas frente a la pequeña rendija de madera.

—He vuelto a pecar, padre —dijo con voz ahogada, recogiendo ambas manos y apretándolas contra su frente, por la que resbalaban gotas de sus cabellos castaños.

—Una noche terrible hijo mío, terrible —respondió el sacerdote desde el interior del confesionario—. Cómo lamento que hayas tenido que pasar por algo así. A veces, los caminos del Señor son demasiado crueles.

—No me lo perdonaré. Lo sé...

Ya no podía contenerse más. Hundió el rostro en la palma de las manos y lloró. Era patético, pero tampoco se lo reprochaba. Al fin y al cabo, seguía siendo humano. Conservaba un mínimo de sentimientos.

—¿Lo tienes? —murmuró el sacerdote. Su pregunta le dejó helado.

La sorpresa fue aún mayor cuando se vio a sí mismo levantando la cabeza y dirigirse hacia la gabardina que había apoyado en el banco para buscar de nuevo el pañuelo en el bolsillo interior. Sin dudar, el sacerdote extendió una mano bajo la cortina de terciopelo rojo que cubría la rejilla y él se lo entregó.

—¿Con eso será suficiente?

Tras una breve pausa, el sacerdote soltó una risita y agregó:

—Hijo, las deudas que pudieras tener con el Todopoderoso y con tus pecados, ya no deben preocuparte. Desde hoy estás...

—¡Has faltado a tu palabra! —bramó una voz procedente de la entrada.

El sacerdote dio un brinco en el asiento del confesionario y lo

abandonó de forma abrupta.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Dio varias zancadas hacia el pasillo del altar mayor con el pañuelo ensangrentado en la mano.

—¡Por los clavos de Cristo! —añadió dejando caer la prenda al suelo.

Él corrió para reunirse con el sacerdote.

—Padre Marshall, ¿qué ocurre? —se alertó.

Recogió el pañuelo. Este, ya dejaba entrever la joya azulada que escondía su bordado encaje. Contempló después cómo el hombre santo señalaba hacia la puerta con manos temblorosas y expresión de temor en su rostro.

Al seguir la dirección del dedo, comprendió su miedo.

—No... no puede ser... —balbució.

En el dintel de las puertas de la iglesia, la luz de las antorchas realizaba una figura con una piel de un blanco inmaculado, con sus largos cabellos rojo fuego ondeando a su espalda por el fuerte viento. La muchacha se adentró más en el interior del templo y levantó la cabeza (hasta entonces gacha) para mirarle a los ojos. El cuerpo entero se le estremeció al reconocerla, al ver su pálida tez y pupilas de un fulgurante color rojizo; más aún cuando oyó su voz, antes dulce como la alondra, ahora, con perfecto sonido de ultratumba.

—No has cumplido tu promesa... —le dijo—. Ahora seré yo la que haga justicia.

Tronó con fuerza en el exterior. Las vidrieras de la iglesia se iluminaron para revelar con su universo de tristes colores a la muchacha blandiendo la espada que él había dejado tirada en las puertas.

Le apuntaba directamente al pecho.

Un año antes.
Londres.

Soñaba que era noche cerrada, miraba las estrellas. Junto a ella, un hombre. Le sonreía. Sonrió.

Sangre. Sangre espesa en el pecho, allí donde él la había herido. Sangre en las manos. En los ojos.

Una risa.

Todo se volvió entonces negro. Y una mujer, bella y blanca, le recitó un poema. El rostro le cambió. La mujer envejeció y le enseñó los dientes puntiagudos. Se abalanzó sobre ella.

Despertó. Había sido un sueño muy extraño. Se frotó los ojos, dándose cuenta de que iba en el interior del carruaje, aún. Y de que hubiera preferido soñar con su difunta madre.

—¿Te encuentras bien, Jillian?

Se giró hacia Julius Evers, su padre, sentado al lado.

Asintió con la cabeza.

—Sí —respondió ella, quitándose el leve sudor de su frente—, solo fue un mal sueño.

Julius sonrió, y el poblado bigote cano lo hizo también.

—Queda poco para llegar. Paciencia.

La verdad es que llevaba teniendo paciencia desde hacía horas, pero el hecho de saber que el viaje tan largo acabaría pronto, le alegró bastante.

Jillian se limitó a mirar por la ventanilla.

Siguió viendo bastos terrenos verdes hasta que llegaron a la ciudad. Entonces, pegó su cara al cristal. El cielo estaba nublado y en la calle, empezaban a encender los faroles de aceite, mientras los transeúntes deambulaban todavía por las aceras. En un cruce de caminos en el que se detuvo el carruaje, observó con asombro el raro medio de transporte parado a su vera.

—El progreso —apuntó Julius por encima de su hombro.

Ella continuó mirando el artilugio de chatarra negra con cuatro ruedas y sin caballos.

De pronto, el hombre que iba montado sobre él, ladeó la cabeza y cruzó su mirada con la celeste de Jillian. Le mostró los caninos al sonreír. La chica se estremeció. Eran muy parecidos a los de su sueño.

Cuando volvió en sí, el medio de transporte ya no estaba. En su lugar, una basta nube de humo. El carruaje anduvo de nuevo. “El progreso”, había dicho su padre. Jillian arrugó la frente. No tenían por qué cambiar tanto... ¿o sí?

—Aquí es —dijo Julius al cabo.

Parecía radiante. Eso la asustó aún más.

El carruaje entró en una zona de gravilla y se balanceó con violencia, pero no duró demasiado. Pocos minutos después, se detuvo definitivamente y Julius se apeó. Con la puerta abierta, la ayudó a bajar también.

—Bueno... bienvenida a Londres.

Julius se dio la vuelta para que su hija pudiera contemplar la casa con claridad. Jillian tragó saliva.

Era una mansión enorme. No le salían las palabras. Solo esperaba que Julius no la obligara a decir lo que de verdad pensaba: dar media vuelta y regresar al campo.

Esa tarde se dio prisa en terminar la misa y con el último feligrés fuera de la iglesia, el padre Marshall se precipitó a la calle.

En unos minutos tenía una cita. Y llegaba tarde.

Londres había sido su hogar siempre, desde que le diera a luz su madre y luego le instruyeran en la sabiduría de la santa escritura entre las paredes del orfanato dónde se crio. Durante años palpó, memorizó y comprendió cada palabra; después él mismo dirigió la Iglesia de St. James, heredada de su padre adoptivo y mentor, quién ofició cientos de misas antes que él.

Ya entonces conocía muchas leyendas, rumores de los más veteranos que acudían a oír los sermones se dejaban caer como cuentos populares entre los bancos de la iglesia. Los que más le atraían eran los que hablaban de criaturas misteriosas y oscuras que vagaban por las calles empedradas de Londres, aguardando el momento de atacar a sus habitantes entre las sombras para chuparles la sangre, arrancarles la piel a tiras o absorberles el alma.

Historias de fantasmas, como solía decirse.

Hasta que descubrió la verdad.

Una noche que volvía al santuario tras dar la extremaunción en su casa a un anciano al que conocía bien, vio a uno de ellos.

Lo había salvado de un pobre mendigo que, en un arrebato del que solo la locura y no Dios tienen culpa, trató de asaltarlo por unas míseras monedas. O eso es lo que el padre Marshall repetía sin cesar, tembloroso en un rincón, mientras la criatura enorme y atroz insistía en que lo hacía para sustentarse la comida: le debía la vida. Pero lejos de la exageración del cura, la criatura no pidió su vida, sí en cambio un favor.

Cualquier cosa había dicho que servía.

Ahora se arrepentía... De haber pronunciado esas palabras, o creer que ponerse al lado de aquellos seres de las sombras le haría algún bien mayor que el que ya hacía con sus creencias y su iglesia. Sin embargo, allí estaba, contra todo pronóstico y desafiando a un encuentro del que solo podría sacar dolores de cabeza.

El padre Marshall se ajustó el hábito y cruzó la última distancia a salvar con el lugar de la cita en cuestión. En un barrio perdido de Londres se refugiaba un local, a simple vista de marineros, pero también aprovechado por hombres con clara necesidad de diversión. Lugar de bebida y pecado. Ambiente en el que el padre Marshall se arrepentía también de estar. Una vez dentro, buscó a su primer contacto junto a la escalera. El hombre corpulento con olor fuerte a sudor lo condujo al piso de arriba y le invitó a entrar en la habitación que abría ante él, la número dieciséis.

—Buenas noches —saludó al fin su anfitrión.

Se hallaba de espaldas a la puerta y con una capa oscura echada sobre los hombros.

—Espero que el vino sea de su agrado. Lo escogí yo mismo.

El cura miró con nerviosismo la copa vacía y la botella que descansaban en una mesita de cristal.

—Sírvase, no sea tímido —insistió la voz grave.

—No tengo sed.

La puerta de la habitación se cerró de golpe. El padre Marshall dio un respingo y miró de reojo hacia atrás.

—... Gracias —concluyó.

La figura encapuchada de un hombre alto y delgado le infundió tranquilidad con un gesto de la mano. Aunque el cura lo había visto

antes y sabía lo que era, no podía evitar tenerle bastante respeto.

—No esperaba noticias tuyas a estas horas —dijo el cura—. Pero uno de mis monaguillos vino a decirme que acudió usted a la iglesia.

—Así es.

—¿Estaba buscándome?

—¿Para qué iba a presentarme cerca de su iglesia sino? —admitió el hombre con cierto asco—. Con toda franqueza, no sé qué más podría querer de ese infierno.

—Comprendo.

Su anfitrión se volteó y el padre Marshall dio un paso atrás por instinto, mas no le vio el rostro a la criatura. Lo cubría una profunda máscara negra, y fue peor visión que su verdadera cara. Lo vio coger la copa vacía con dedos humanos para verter una modesta cantidad de bebida en ella.

—Una lástima lo del vino —dijo con atisbo de tristeza tras dar un sorbo—. Es exquisito. Recuérdeme que felicite al dueño por la cosecha.

—Claro.

Sabía que la criatura intuía su miedo. El padre Marshall no podía hacer otra cosa que seguirle la corriente.

—Ha llegado el momento de que me sean devueltos los favores, padre —anunció pasado un tiempo.

El cura se horrorizó con la sola idea de tener que acatar las órdenes de aquel hombre.

—¿Esta noche? —preguntó con un nudo en la garganta.

La capucha de la figura negó tres veces con la testa.

—Esta noche no. Pero será pronto —informó.

De nuevo, el padre Marshall tragó la pelota de temor e inquirió:

—¿Qué he de hacer?

—Una nueva familia llegó a Londres ayer por la tarde.

—¡Ah, sí! Gente de campo. Los... Evers, creo recordar. Celebran una fiesta mañana para que los vecinos los conozcan. Aunque tengo entendido que también es para festejar un negocio.

—¿Le sigue viendo? —interrumpió la criatura.

El padre Marshall dudó un instante.

—¿A quién?

—Al hombre al que dio y da refugio en su santa iglesia, mi enemigo... a él.

El cura asintió con la cabeza, despacio. Respuesta suficiente.

—No haga que su relación cambie.

—Pero llevo diez años mintiendo —protestó el padre Marshall—. Si continúo así, se dará cuenta de...

—¡Es esencial que no sepa nada de esto! —bramó el encapuchado.

Había asido con rapidez la tela marrón del pecho del hábito del cura y la negrura de su máscara sin fondo rozaba la nariz del descompuesto eclesiástico. Luego lo soltó y añadió con voz calma:

—Aún no. Debemos dejar que siga su curso.

—No sé si voy a poder —confesó el padre Marshall, cabizbajo.

La figura jugueteó con la copa a medio beber. Volvió a darle la espalda y se dirigió a la ventana.

—Le contaré una historia, padre. Ciertas anécdotas y pactos que jamás le han revelado. Sobre sus antepasados.

—¿Mis antepasados?

—Llevamos en guerra con el mundo durante miles de años. Los humanos derramando sangre entre ellos por tonterías, y los nuestros por conseguir los mejores ejemplares de esos ineptos. La crueldad, sin embargo, es la misma. Pero uno de los campos empezó a sobresalir del otro. El nuestro.

»Las criaturas de la noche tuvimos la última escaramuza hace cincuenta años. Desde entonces, nos separamos en diversos bandos. Como las asociaciones o políticos modernos, cada cual defiende sus intereses y sus ideas a su manera, lejos de los que solo son hermanos en las sombras. Así nació mi clan y con él, mi refugio en dominio londinense.

»Nadie podía con nosotros. Éramos poderosos... Muy poderosos. Hasta que aparecieron ellos. Unos cazadores, que habrían de aniquilar a mi clan y a la integridad del mundo oscuro en varias décadas. Descubrieron una forma de borrarlos para siempre de la faz de la tierra. Al principio no eran una gran amenaza, aunque con el paso del tiempo se hacían más efectivos y ganaban terreno. De un local perdido como este a un puerto entero; de Londres hasta América o la mitad de Europa.

»Fue entonces cuando decidimos actuar. Contraatacamos con la ayuda del resto de hermanos de las sombras y volvimos a poseer lo que habíamos hecho nuestro. Estuvimos a punto de exterminarlos, pero oímos la profecía.

“—No podemos permitir que le hagáis daño —dijo uno de ellos, un Venator, antes de morir bajo un mugriento puente de España—. Si ha de venir, vendrá, y si hemos de dar nuestra vida para protegerla, que así sea”.

»La única opción que nos quedaba era consultarlo con los mayores de nuestra raza. En el caso de los míos: Licia. No obstante, ella acudió a nosotros y no a la inversa. Sabía de la profecía y quiso que la acallásemos

a toda costa.

»Licia contó que en la guerra oyó hablar de criaturas con dones especiales, con solo la mitad del espíritu humano. Mujeres que controlaban algún elemento, sensación, animal o incluso árboles. Naturaes. Criaturas de la naturaleza que nacían en el mundo para poner orden a la destrucción; obstáculos para nuestro alimento y dominio propio. Y Licia tardó años en averiguar dónde ocultaban a la última de la especie para ir sin piedad a por ella.

»Durante años creímos que se había acabado... Qué ingenuos. A día de hoy, un Venator nos acecha e impide que avancemos. Se ha cumplido la profecía que tratamos de evitar hace siglos: la Prima Naturae ha nacido y dormita aquí, en Londres.

La figura apuró la copa de vino y se giró hacia el padre Marshall.

—La misión del Venator consiste en protegerla y matarla, en caso de que consigamos capturarla; nuestra misión es encontrarla y usarla en beneficio propio para prosperar en el mundo de las sombras; y el suyo, padre, es continuar mintiendo al Venator para que él mismo sea víctima de nuevo de su perdición.

El cura arrugó la frente.

—Mis decisiones están con Dios. Sigo sus pasos en la luz y no en la oscuridad —apuntó—. Al decir que he de ayudaros a que el muchacho muera, o asesinar a esa supuesta Prima Naturae si está con vida y del lado de la bondad y misericordia... me pedís demasiado. ¿Por qué habría de ir en contra de mis condiciones?, ¿qué relación tiene el servicio con mis antepasados?

Un espeso silencio se hizo en la habitación dieciséis.

—Porque hubo un hombre —explicó la criatura—, la mano derecha de Licia durante la pasada guerra, que también luchó por mantener intacta su creencia y fijó su posición en la escala del mundo humano,

apoyando al nuestro al tiempo para que ninguno se desvaneciera. Siempre fue el puente entre ambos, el mediador, confesor y traidor.

»John Walsh. Obispo de Londres y destinado en su retiro a la modesta St. James para guardar las apariencias... Su gran mentor, padre Marshall.

El cartel de madera apolillado colgaba suelto de un lado sobre la puerta y podía leerse el nombre de El Gato Negro entre feroces gotas de lluvia.

Se cernió la capucha del hábito a la cabeza y observó la negrura del cielo. Acto seguido, el padre Marshall realizó la señal de la cruz sobre su pecho.

—Santa madre de Dios —murmuró.

Por suerte para Jillian no hubo más fiestas en unos meses, solo un final de primavera tranquilo. Las sonrisas falsas y estar rodeada de gente sin desmayarte del agobio, se le daban mejor a su hermana Sarah.

Faltaban dos días para el cumpleaños de Elaine, su hermana pequeña. Y lo festejarían de manera discreta en la mansión, aunque con ayuda de Julia (encargada de cuidar el jardín), que había sugerido unas semanas antes darle una sorpresa a la niña adornando su parte favorita: un patio pequeño que daba al Este, rodeado de árboles y flores, en el que había una fuente con un gracioso querubín apuntando a uno de los balcones de la propiedad, que era casualmente la habitación de Jillian.

A Elaine le encantaría.

Su hermana era tímida, sí, pero se emocionaba mucho con ese tipo de cosas. “Lógico en alguien de su edad”, pensó.

Entre todos, lograron distraer lo suficiente a Elaine para que no se diese cuenta de nada. Aunque no hubiera sido del todo complicado, puesto que ella lo hacía sola encerrándose durante horas en su habitación para leer libros o saliendo al patio trasero para jugar cuando el señor Hastings (compañero de trabajo de su padre) venía de visita y traía a sus dos hijos.

Esa misma tarde, Jillian reconoció al pequeño Joseph desafiándola a una carrera de chapas en la que Elaine no se negaría a participar.

Con esa sonrisa satisfecha, Jillian aprovechó para salir de compras.

Nunca iba sola. Ya no.

Su padre se había asegurado el mes pasado de ponerle a ella y a su hermana Elaine (Sarah se bastaba por sí misma) una dama de compañía para que, en caso de que salieran a alguna parte, tuviera sus ojos puestos en las dos a través de ellas.

A Jillian le tocó una mujer mayor, de pelo gris y trenzado, regordeta, bajita y con ojos claros, que respondía al nombre de Onofre.

—Sí, niña. Onofre es nombre de mujer —le había dicho a Jillian nada más subir al carruaje hacía una escasa hora—. O al menos eso dice una de las varias leyendas que tratan de esclarecer su origen.

La anciana rio.

—Ojalá yo fuese lo mitad de joven y de guapa que ella, o tener tan solo uno de sus pretendientes —afirmó Onofre—. Pero no me quejo. Dios no ha querido tampoco agraciarme con bigote y barba —ironizó—. Eso se lo agradezco.

Entonces Jillian también rio.

Quizá su padre se estuviese excediendo en ponerle tanta protección de repente, pero Onofre era una anciana bastante divertida y simpática. Fue su primera impresión. O tal vez le hubiese recordado un poco a su madre.

Sonrió para sí. Puede que la idea de la “niñera” no sea tan mala...

—Algún día tendrás que contarme todas esas leyendas —dijo Jillian mientras atravesaba, más tarde, el umbral de la puerta de la mansión.

La anciana dio instrucciones al cochero para que entrara los diferentes paquetes a uno de los salones. Luego pasó una mano por la trenza baja y pelirroja que le había hecho a Jillian.

—Hay tiempo, niña, mucho tiempo.

Tuvo que cerciorarse varias veces de que su hermana seguía en la biblioteca de la mansión leyendo en voz alta líneas de sus lecciones de teatro junto a Kate, su acompañante. La joven africana lanzaba miradas a Jillian desde el respaldo del asiento en que estaba acomodada Elaine para que se tranquilizara y solo así podía aliviarse, sabiendo que todo estaba bajo control y no sospechaba nada.

De ahí la cara de increíble asombro que se le quedó a Elaine cuando Kate la condujo hasta su lugar favorito del jardín y pudo ver todo lo que allí se había dispuesto exclusivamente para ella.

La fuente del querubín que alzaba sus manos hacia el cielo, tenía enganchados numerosos lazos de color rojo que iban a los balcones. Los bancos de piedra también. Y en el centro del escueto espacio, se colocó una gran góndola que servía de bandeja gigante para los comensales, que llamó especialmente la atención de Elaine.

—¡Una góndola!, ¡es una góndola de verdad! —exclamó, tocándola embelesada con los dedos.

—En realidad es de cartón —aclaró Jillian con una sonrisa.

De entre los matorrales fueron saliendo los invitados al cumpleaños de Elaine: la familia Evers al completo, así como el personal de servicio de la mansión y los Hastings.

Elaine no hacía más que sonreír.

—¿Todo esto es por mí? —preguntó incrédula.

Jillian asintió y también algunas personas más, entre las que estaban Julia, Kate y Onofre.

—Sabemos cuánto le gusta Italia —dijo Kate poniendo las manos sobre los hombros de Elaine.

Esta hizo un esfuerzo tremendo por no llorar, aunque sus ojos se tornaron considerablemente vidriosos.

—Sí. En especial, Venecia.

Jillian dejó ver a Elaine el pequeño paquete que llevaba ocultando durante todo ese rato a la espalda y su hermana dio un respingo. No tardó en recorrer la distancia que las separaba para coger el regalo envuelto en papel brillante color azul, que rompió casi sin miramientos para descubrir lo que celosamente tapaba.

—*El Mercader de Venecia* —murmuró. Acarició con suavidad el lomo marrón oscuro del libro.

—¿Te gusta? —tanteó Jillian.

Elaine no respondió con su voz. Lo hizo con un abrazo, y sin dejar de agarrar el libro.

—Es la primera edición, la llevo buscando meses —confesó.

—Lo sé.

Jillian pasó la mano por la corta y lisa melena negra de Elaine.

—Gracias... Muchas gracias.

—Feliz cumpleaños, potrilla —le susurró al oído para que solo su hermana la oyera.

Esta soltó una risita también por lo bajo. Conocía bien el motivo de aquella risa: Elaine era una apasionada de los caballos. Le fascinaban esos animales tan nobles, pero nunca había tenido la oportunidad de montar en uno.

Hasta el momento.

El regalo de Julius Evers apareció por uno de los rincones del patio y hubo una exclamación general, que apagó enseguida Elaine con un grito:

—¡UN PONY! ¡UN PONY!

Se abrazó al morro del animal y las lágrimas volvieron a agolparse en sus ojos.

—¡Mira Jillian, papá me ha traído un pony! —añadió mirando en su dirección.

Ella ya lo sabía. Había visto a su padre llevarlo a la mansión atado a un carro esa misma mañana.

Elaine sonreía, era feliz. Eso era lo importante. Que se olvidase de los malestares que le hacían la vida imposible desde que falleció su madre.

Todo era perfecto. Su familia se lo pasaba bien, se adaptaba a la vida en Londres. Sarah coqueteaba con cualquiera que tuviese a tiro, Elaine disfrutaba de su regalo, y su padre mantenía ese porte orgulloso que le caracterizaba mientras veía dicho espectáculo, siempre en compañía del señor Hastings, el director del banco de Inglaterra.

Jillian sintió cómo un horrible escalofrío subió por su espalda, erizando los pelos de su nuca cuando un hombre, en el otro extremo del patio, puso las pupilas directamente sobre las suyas y sonrió con cierta malicia. Retrocedió casi instintivamente, escondiéndose tras un matorral, notando todavía el frío calándole los huesos.

Suspiró. Tratando de dejar atrás la posibilidad de tener que saludar a la fuerza a ese señor, se alejó del patio. Paseó de manera silenciosa por el jardín. ¿Podría llegar a sentir ella una felicidad parecida? Quería notarla quemando su cuerpo, probablemente como lo estaría sintiendo Elaine en ese instante.

Mientras oía el canto de los grillos, en la parte del jardín que estaba más tranquila, elevó su mirada hacia el cielo. Despejado. Ni una nube, solo la luna y las estrellas, totalmente claras sobre ella. La que empezaba a ser una agradable brisa de Julio le acarició el rostro y Jillian se permitió un instante de evasión.

Sintió que su pelo se agitaba con levedad, rozándole la espalda una y otra vez. Cerró los ojos y se relajó. Sin embargo, la sensación de serenidad solo le duró eso, un instante. Al siguiente, un ruido hizo que espabilara.

Jillian se giró de repente, y miró alrededor asustada. Estaba segura de que había oído algo, pero no había nada. Ni nadie. Frunció el entrecejo. Gruñó con el corazón aún acelerado por el sobresalto y volvió la vista al frente. “Habrà sido cualquier insecto”, pensó. El insecto tenía que ser

enorme, porque justo después de que se voltease de nuevo, una sombra de casi dos metros de altura apareció en el tronco de un árbol frente a ella.

Se sobresaltó.

—¿Hola? —dijo con un hilo de voz.

La sombra hizo un movimiento brusco. Luego desapareció.

Jillian se dio la vuelta y descubrió una figura oculta en las sombras que echaba a correr.

—¡Eh!

Corrió tras la sombra por el laberíntico jardín, dando traspies por el cambio constante de dirección.

—¡Espere! Solo quiero...

Al llegar al camino de tierra que iba desde la verja de hierro a la entrada de la casa, se encontró sola y hablándole al aire. Sin duda, su “insecto” corría como un galgo.

Escudriñó por segunda vez a su alrededor. Nada. Solo el canto de los grillos y murmullos lejanos de los invitados al cumpleaños de su hermana. Ni rastro de la sombra.

Jillian suspiró. A veces su imaginación le jugaba malas pasadas. Se dispuso a regresar al centro del jardín, cuando otro ruido la alertó. Su mirada se dirigió hacia la fachada de la mansión, por la que escalaba de forma magistral la sombra a la que había perseguido.

Se quedó boquiabierta.

Aquella criatura, persona o lo que fuera, había subido al tejado con la sola ayuda de sus propias manos, saltando de balcón en balcón y de cornisa en cornisa. Un espectáculo breve e impresionante. No estaba tan loca (todavía) como para hacer lo mismo y darle caza en el tejado. Así que se limitó a seguir con sus ojos la silueta del extraño.

De repente, se detuvo en el borde y miró hacia abajo. La miró a ella. Notó un pinchazo en el estómago.

La brisa volvió a soplar, esta vez más fuerte, y la sombra se esfumó. Jillian hizo ademán de echar a correr de nuevo, pero su subconsciente la obligó a desistir.

—Con que estaba aquí —dijo una voz varonil a su espalda—. Su padre la reclama desde hace rato.

Ella no respondió. Tampoco se giró hacia el desconocido. Mantenía los ojos clavados en el borde del tejado, sin saber por qué y sin poder apartarlos de allí, como si una fuerza mayor se lo impidiera.

—¿Señorita Evers? —insistió él—. ¿Se encuentra bien?

—¿Ha visto eso?

El hombre arqueó una ceja y miró a Jillian con extrañeza.

—¿Ver qué?

—Allí —indicó ella con su dedo índice apuntando al tejado—. Había una sombra extraña hace un momento.

—Yo no veo nada.

Jillian se giró para mirarlo.

—¿De verdad que no ha visto nada?

El hombre, joven, de pelo corto y castaño, alto, delgado, y de ojos marrones, le resultaba familiar.

Esbozó una media sonrisa.

—¿Un fantasma?, ¿una gárgola? Dígame, ¿qué era lo que había ahí arriba? —se mofó.

Indignada, Jillian enfiló el camino de regreso al patio, decidida a no hacer caso una segunda vez a su poderosa imaginación.

Se había colado en la inmensa mansión como si nada, y también en los jardines, atraído por el tumulto, por esa persona. Deseaba hacerlo desde hacía mucho tiempo. Ahora por fin tendría la oportunidad.

¿Sería cosa del destino?, ¿le habría puesto aquella ocasión en bandeja para que pudiera dormir bien aunque solo fuera una noche? Un año antes, quizá hubiese creído que sí. No entonces. Pensaba que en el mundo no existían las casualidades, ni el destino. “Cada cual es responsable de sus actos y, por tanto, también de sus consecuencias”. Era lo que siempre solía decirse a sí mismo.

Y seguía creyéndolo incluso ahora.

Pero, ¿por qué estaba allí? Simplemente, porque él lo había querido así. Porque se preocupó de que ocurriera y sucedió tal como lo planeó. No obstante, algo cambió.

No contaba con la presencia de ese aroma floral en el jardín. La fragancia inundó sus fosas nasales en el instante en que se internó en el recinto. Sintió un escalofrío.

Sin ser dueño de sus acciones por un momento, se quitó el guante que cubría una de sus manos y la alzó para acariciar la flor de un naranjo cercano.

Suave, intenso, envolvente, todo a la vez; así era el olor del azahar, que tan bien había disfrutado años atrás. ¿Cuántas pequeñas cosas le alegraron los días en aquel entonces? Muchas. Y todas se transformaron en sombras, en fantasmas que lo perseguían sin cesar y lo mantenían apegado a un mundo lleno de oscuridad. ¿Qué harían los naranjos allí, en Londres?

No le importaba.

Sí que el perfume quedase grabado en su memoria, evocándolo

siempre que cerraba los ojos.

“Ojalá se repitiera esa sensación”, pensó. “Me gustaba tanto, tanto...”

Unos pasos que se acercaban lo apartaron de sus pensamientos y abrió los ojos de golpe, que había cerrado sin darse cuenta.

Retrocedió, escondiéndose, para observar desde una prudente distancia a la silueta que aparecía justo frente a él. Apretó el puño desnudo, acumulando su ira para abalanzarse contra la persona a la que había seguido sigilosamente hasta allí, pero no fue a ella a quien vio, sino a una muchacha.

Era joven, muy joven. Su belleza, extraordinaria. Tenía los ojos azules, cabello rojo y espeso hasta la cintura, y un cuerpo lleno de curvas tan perfectas que lo hicieron estremecer mientras trataba de controlar su respiración agitada.

La chica se quedó quieta cerca de él. Echó la cabeza hacia atrás y observó el cielo. El vestido amarillo que llevaba onduló con la brisa que sopló de pronto. Ya no sabía si podía controlar los latidos de su corazón, que se desbocaban sin que lograra hacer nada por evitarlo. Y todo por estar rodeado del olor a azahar.

“Tu objetivo no es ella”, se recordó con furia. “¡Céntrate! Búscalos a él. Esa es tu misión esta noche, no la muchacha. ¡Hazlo!”

Pero no podía.

Por alguna extraña razón, se sentía totalmente atraído. La misión quedó en segundo plano de forma repentina. Y sin ningún tipo de reproche, que era lo más problemático. ¿Por qué le pasaba eso? ¿Cómo es que, después de todo lo que pasó y todavía mantenía guardado en su pecho, se despertara en él un interés tan fuerte por esa desconocida?

Una perla de sudor se deslizó por su frente. La señal que esperaba para volver a la realidad. Sacudió la cabeza.

“¡Maldita sea, tienes que centrarte! Deja de mirarla y búscale ya. O

perderás la oportunidad”.

Dio un manotazo al arbusto, sin pensar en que seguía sin ser visto. Cuando quiso darse cuenta del error, la muchacha pelirroja estaba mirando en su dirección, con los ojos abiertos como platos.

—¿Hola? —la oyó decir, nerviosa.

Por un momento, solo por un momento, sus pupilas verdes quedaron conectadas con los azules de ella entre los matorrales.

Volvió a sentir otro escalofrío, y la parálisis en todo su cuerpo.

Su encantamiento de piedra se rompió de repente cuando ella se movió hacia él. Entonces pudo girar sobre sus talones y correr. Los extremos castaños claro y cortos de su pelo, ligeramente ondulados, y la gruesa gabardina, iban al ritmo de su carrera: en zigzag, atravesando el jardín para que su perseguidora no lo descubriera. No se estaba esforzando mucho porque sabía que jamás lo alcanzaría. Logró despistarla en la verja de la entrada con un sutil cambio de dirección, ocultando su figura tras un viejo árbol pegado al muro de piedra. Aprovechó que ella se internó de nuevo en el jardín para correr hacia la mansión.

Por el camino, se rascó el contorno de la escasa barba que tenía y en cuanto llegó al primer alféizar, comenzó a trepar. Subió la fachada hasta el tejado, en el que se quedó un breve instante para admirar de lejos a la muchacha, que continuaba en el jardín.

No estaba sola.

Abrió mucho los ojos al ver quién la acompañaba: un hombre con traje de chaqueta, que parecía conocerla. O quizá no. No podía saberlo con exactitud, puesto que la conversación que mantenían no llegaba a sus oídos.

—Si no hubiera escalado la maldita fachada... —gruñó enfadado consigo mismo.

Se alivió cuando la muchacha regresó al patio.

La brisa sopló por tercera vez esa noche. El olor a azahar lo envolvió.

Frunció el ceño y se miró las manos. En una, así con fuerza el guante que le faltaba a la otra y que era sustituido por un par de flores un tanto arrugadas. Observó los naranjos, hacia abajo. Sus ojos se llenaron de fulgor, inspirado por el odio y el dolor. Apretó el puño que guardaba los delicados azahares y los hizo añicos. Dejó que cayeran sobre las tejas marrones y se prometió no tener más distracciones, al tiempo que desaparecía definitivamente del tejado de la mansión Evers.

Un golpe seco la desveló. La puerta estaba abierta y Onofre había entrado en la habitación.

—Arriba —le ordenó.

Con un ojo cerrado, Jillian asomó la cabeza entre las sábanas.

—¿Qué hora es...? —preguntó perezosa.

—La hora de que se vista y baje a desayunar.

—Si seguro que ni ha salido el sol.

Para confirmar que se equivocaba, Onofre echó a un lado las cortinas y la luz de la mañana le dio en la cara. La dejó ciega.

—Como puede ver: el sol está ahí —apuntó la anciana—. Así que... levántese y vístase.

Jillian se sentó en la cama.

—Puedes tutearme, Onofre. No soy nadie importante.

Onofre calló un instante.

—No debo —murmuró, aún cerca del balcón.

—Pero puedes —insistió Jillian.

Onofre la miró y ella le sonrió, ladeando la testa, dejando que el pelo revuelto cayera sobre su rostro. La anciana suspiró, abrió las puertas del balcón y se acercó a Jillian para arrebatarse las sábanas.

—No se haga la remolona. La esperan.

Sus ojos brillaron.

—¿Quién me espera?

Onofre esbozó una sonrisa.

—No es asunto mío, señorita —le dijo.

Con gesto de desaprobación, se tumbó de costado en la cama.

—Hoy no me apetece salir.

—Pero debe —le recordó Onofre.

Jillian enmudeció. Había ganado el asalto. Se levantó y tomó asiento en la silla de madera frente al escritorio, resignada.

—¿Lo ha dibujado usted? —inquirió Onofre, fijándose en un cuadro que reposaba en el mueble.

La anciana cogió un cepillo y empezó a peinar a Jillian.

—Un hombre, durante una feria, hace dos años —respondió ella.

—¿Su madre?

Jillian asintió.

—Natalie. Pero nuestro padre la llamaba su pajarillo. Porque silbaba todas las mañanas. Era tan alegre...

Otro silencio se apoderó de la estancia.

—¿Le gustaría aprender?

Jillian se giró lo justo para mirar a Onofre sin entender.

—Sé dibujar —le confesó—. Podría buscar algo de material y enseñarle, si quiere.

¿Había oído bien?, ¿Onofre iba a hacerla dibujar? Era uno de sus mayores sueños: pintar con colores los paisajes que veía, llegar a retratar a personas tan bien como aquel artista ambulante a su madre. No se lo podía creer.

—¡Sí! —gritó—. ¡Me encantaría!

Jillian se puso en pie y abrazó a Onofre. Repitió varias veces lo

agradecida que estaba y terminó sola de vestirse. Antes de salir de la habitación, le hizo prometer que daría su primera clase cuando volviera. Onofre no podía negarse. Y tampoco debería estar estrechando los lazos con la muchacha, pero le recordaba tanto a *ella*...

Llena de alegría, Jillian bajó las escaleras hasta el comedor. Y al parecer, era la primera en llegar. Solo Julius estaba sentado a la mesa, leyendo el Diario.

—Buenos días —saludó a su padre.

—Te veo feliz —comentó él.

Jillian se sentó y dejó que le sirvieran el desayuno.

—Lo estoy.

Julius la miró por encima de la hoja de papel.

—No imaginaba que te hiciese tanta ilusión. Si lo llego a saber, habría dicho a Grace que viniera antes.

—Si no es por eso —aclaró Jillian con naturalidad—. Es que Onofre va a enseñarme a dibujar.

La taza del señor Evers, que acababa de coger, se estrelló contra el plato y volcó. El café se desparramó por la mesa.

—¿Qué? —dijo él.

—¿Quién es Grace? —dijo ella a la vez.

Julius trató de recuperar la calma.

—¿Has dicho que Onofre va a darte lecciones de pintura? —volvió a preguntar.

—Sí. ¿No te parece genial? Podré dibujar lo que quiera: animales, personas, flores... ¡Hasta le diría a Onofre que me acompañe al campo! —se entusiasmó Jillian—. Sería estupendo si...

El señor Evers se levantó de pronto.

—¡No! —replicó dando un fuerte golpe a la mesa.

La muchacha se paralizó. Las personas del servicio que limpiaban la mesa, también.

—¿Por qué no? —inquirió confusa—. Sabes que se me da bien. Nuestra madre siempre...

—¡He dicho que no, Jillian! ¡No voy a permitir que te enseñe, menos sin haberme pedido permiso!

Jillian tenía los mofletes colorados. Contenía la rabia.

—Llévate al campo... Claro. Como si fuese a dejarte ir.

—¿Qué es lo que te molesta, padre? —se enfadó ella, levantándose de la silla del mismo modo que lo había hecho su padre—. Solo va a ejercer de maestra. A fin de cuentas, ¿no está aquí prácticamente para eso? A Elaine le leen libros y Sarah hace lo que le apetece.

—Tu hermana es mayor.

—¡Tres años! —protestó—. ¿Por qué no puedo aprender a dibujar?, ¿es porque no te fías de Onofre?

—Jillian, basta.

—¿Por nuestra madre? Dime, padre, ¿por qué?

—¡Porque me preocupo por ti! —estalló el señor Evers.

Ambos quedaron en silencio un rato.

El pecho de Julius subía y bajaba, agitado.

—No dibujarás y no irás al campo —terció ya calmado.

Jillian meneó la cabeza, incrédula.

—Entonces, yo tampoco daré hoy ese paseo —garantizó.

Se dio la vuelta para salir del comedor.

—¡Jillian! —la llamó su padre.

Lo ignoró. Y la siguió llamando cuando se cruzó con Sarah y Elaine en la puerta.

—¡Eh! —se quejó la mayor después de chocar con ella.

Jillian se disculpó por lo bajo y subió de nuevo las escaleras. Se encerró todo el día en su cuarto.

Las palmas de las manos todavía olían a azahar cuando se echó en la cama. ¿Es que nunca se le quitaría? Habían pasado unos meses desde que pisó el jardín de los Evers y el lacerante aroma seguía como si tal cosa entre sus dedos... burlándose de él, metiéndose por los poros.

Era insoportable. Pero más lo fue la pesadilla que tuvo a continuación, nada más dormirse. En ella se veía a sí mismo, recorriendo calles y calles llenas de humo. Interminables. La gente huía despavorida, él tosía, las apartaba; necesitaba llegar... tenía que llegar. Llantos, gritos, los suyos y de otros. Una puerta abierta, sensación de horror. Una carrera atropellada. Menos gente. Menos humo. Sangre. Sangre. Sangre... Y más llanto, más dolor, al llegar donde quería. Gritó. No lo pudo evitar. Gritó y se sentó de nuevo en la cama. El corazón le palpitaba desbocado, las sábanas se le pegaron al cuerpo, enredándose en las piernas. Sudaba a raudales, pese a que no llevaba la prenda de arriba y era invierno. Se llevó las palmas perfumadas de la dichosa flor a las sienes y luego a la frente, quitándose la espesa capa de sudor frío. Maldición, ¿y si lo hacía otra vez...? No. A ella tenía que avisarla. Aunque no le gustase, seguía siendo su deber.

Acto seguido, Roshan se vistió a la carrera, abrió la ventana y saltó

al balcón de enfrente. Ajustándose la gabardina, con paso firme, se dispuso a recorrer las calles de Londres.

La octava clase de piano fue otra tortura. El profesor, un hombre de unos sesenta años, con una calva y cuatro pelos canosos, gafas y cuerpo huesudo, no paraba de recordar a Jillian que las teclas se tocaban con delicadeza. Pero por más que se empeñaba en seguir sus ejemplos, sudaba con muy poco decoro intentando no desilusionar más a aquellas manos tan diestras que le enseñaban una conocida partitura de Mozart.

—Lo siento —se disculpó—. Todavía no lo consigo.

—No se preocupe, señorita Evers —trató de sonreír el maestro.

De seguro tendría ganas de estrangularla por su falta de talento.

—Han sido solo ocho lecciones.

Jillian asintió.

—¿Me permite descansar un momento? —pidió.

—Claro. Tómese su tiempo.

El profesor de piano se levantó del taburete.

—Mientras, comentaré con el señor Evers sus progresos.

Cuando el hombre abandonó la sala de música, suspiró. Habían sido unos meses muy duros.

Tras la discusión con su padre, este se aseguró de cumplir su palabra y prohibirle radicalmente salir a la calle sin su propia supervisión, aparte de someterla a las horribles clases de piano. Onofre también se mostraba menos habladora y distante. Aquello no le servía de nada.

Tan solo para mantener callado a Julius, en contra de su voluntad, para colmo de males. La familia se adaptaba a las mil maravillas; ella... seguía estancada y con las alas cortadas.

Grace resultó ser un hombre y no una mujer, como supuso al principio al oír su nombre, y entabló una gran amistad con su padre. Christian Grace, al que solo veía a través de los cristales del balcón cuando venía de visita o se iba de la mansión. El hombre del jardín, y que había montado sobre el extraño medio de transporte que paró junto al carruaje el día que llegó a Londres, siempre llevaba el pelo hacia atrás, largo y lacio. Le seguía provocando miles de misteriosos escalofríos cada vez que elevaba la vista hacia la ventana desde dónde lo observaba y le sonreía en la entrada.

Deprimida, sopesó la idea de pedir perdón a su padre, al menos, para salir a tomar el aire.

—Tal vez... —murmuró, rozando una tecla blanca del piano.

Las puertas del balcón se abrieron. Jillian dio un respingo. El viento meció las cortinas y los batientes de un lado a otro. Apagó las velas del candelabro apoyado sobre el piano. Con el frío de cara, se levantó de la banqueta y se acercó para cerrar las puertas. “Maldito viento”, se dijo.

No era lo único que había entrado en la sala. Sintió que algo le rozaba el brazo. Dio otro brinco.

—¿Hola?

Se encontraba a dos pasos de la terraza. No hubo respuesta. Salió al balcón y se estremeció. El frío era más intenso ahí. Otro ruido, esta vez a su espalda: la cortina enroscándose en un sillón cercano; un segundo crujido, entre los matorrales que rodeaban la barandilla de piedra blanca.

—¿Quién anda ahí? —repitió aún con miedo.

Silencio.

Volvió dentro al cabo, frotándose los brazos por el último embiste del viento contra sus hombros descubiertos. Y nada más cerrar las puertas de cristal, una mano le tapó la boca y notó otra agarrándole muy firme la cintura.

—Ni se te ocurra gritar, ¿me oyes? —le amenazó la voz profunda.

Quería pero no podía. Las manos, fuertes y ásperas, de aquel desconocido y su propio cuerpo la mantenían paralizada.

—Si te comportas cuando te suelte, no te haré daño. ¿Me has entendido?

Jillian asintió, señal de que había captado el mensaje. El extraño sonrió para sí.

—Así me gusta, obediente.

La soltó. Ella tosió y exhaló una bocanada de aire. Luego corrió para refugiarse tras el piano y asomó la cabeza.

—¿Quién es usted? —preguntó asustada—. ¿Qué quiere...?

El hombre enfundado en una gabardina alzó la mano.

—Lo haremos así: yo hablo, tú me escuchas. ¿Entendido? —dijo—. Hasta que no lo diga, a callar.

El reflejo de los ojos de Jillian cambió del miedo al odio. ¿Quién se creía para hablarle con tan poco respeto? Sin embargo, y para no empeorar la situación, calló. Quizá el profesor de piano entrase en cualquier momento, lo descubriría.

—Seré breve —continuó él—. He venido a prevenirte. En realidad no debería, pero... —dudó un instante para mirar a Jillian—. Eres una niña y siento una ligera responsabilidad hacia ti.

La maleducada masa muscular de casi metro noventa, ojos verdes y pelo castaño claro, volvía a provocarla.

“Si el piano no pesara tanto, se lo tiraba a la cabeza”, pensó Jillian. Se incorporó y cruzó los brazos sobre el pecho, pero no salió de su escondite.

—¿De qué quiere prevenirme? —preguntó muy seria.

Había dejado de tenerle miedo.

—Lo diré sin rodeos: tienes el mal muy cerca y no logras verlo.

Jillian arqueó una ceja.

—¿El mal?

—Sí —confirmó el hombre.

—El único peligro que veo por aquí es usted.

Él sonrió.

—Esto es mucho peor —dijo.

—¿A qué se refiere?

El desconocido suspiró de forma cansina y sacudió la gabardina color marrón. Le onduló de forma casi graciosa a la altura de las botas oscuras. Una indumentaria fuera de lo común, observó Jillian.

—Digamos que deberías tener cuidado cada vez que salgas a la calle.

Ahora le recordaba a su padre.

—Debo irme —anunció después.

Aquel juego empezaba a desesperarla.

—Pero, ¿quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué...?

Jillian sintió un dedo en sus labios. El hombre se había pegado a ella y callado así, de forma sutil. Le dedicó una tierna sonrisa. Su cuerpo entero tembló.

—Bajo ese aspecto de muñequita se esconde algo más. Lo sé —dijo,

enigmático.

Su voz, grave y ronca, era absorbente. Su tacto, delicado y firme. Al cabo, él le dio la espalda y se dirigió hacia las puertas del balcón. Las abrió.

—Tranquila —habló a Jillian, aún parada en el sitio—, lo sabrás con el tiempo.

Reaccionó y lo vio inclinarse con levedad. Le hacía una reverencia sobre la barandilla de piedra.

—Que pase una buena noche, señorita Evers. Y recuerde lo que le he dicho: ojos bien abiertos y nada de salir sola cuando se oculte el sol.

Después de eso, saltó por el balcón. Jillian ahogó un grito. Corrió hacia la barandilla de piedra blanca y lo buscó entre los arbustos de abajo.

Nada. Solo un aroma familiar a azahar flotando en el ambiente.



Nacida en Málaga, **Vaira Whisp** ha escrito desde los 14 años atraída por un mundo de Fantasía que la llevó a publicar relatos cortos en una revista local *Mitad Doble* y, más tarde, transformar historias en forma de novelas. Una persona alegre, friki, activa que, pese a ser limpiadora de un instituto, no deja de soñar y querer llevar su mundo al corazón de las personas. Enlace al Blog: <http://vairawhisp.wordpress.com/>